

Ausencias y naufragios emocionales en *La puta mar*

“La ausencia: clínica del rural marinero gallego”
XVIII Xornadas da Sección de Psicoloxía Clínica
Colexio Oficial de Psicoloxía de Galicia
Ares, 15 de noviembre de 2013

La invitación a participar en las XVIII Xornadas de Psicoloxía clínica, organizadas por el Colegio de Psicoloxía de Galicia, en torno al tema central de la ausencia, ha motivado una nueva lectura de mi primera novela, cuando se cumplen veinticinco años de su publicación.

La novela, titulada en gallego *Riosil* y en castellano *La puta mar*, recibió en 1990 el *premio de novela Blanco Amor* entregado aquel año en Narón, muy cerca de Ares.

Quiere el destino caprichoso que vuelva a la ría de Ferrol, la costa más desconocida de Galicia, y la más espléndida, no para hablar de aquel libro, sino de las ausencias y naufragios emocionales de los marineros gallegos - gallegos o de cualquier mar- y de sus familias; ausencias y naufragios que, sin yo ser consciente de ello, quedaron recogidos en las páginas de *La puta mar* sin artificio literario, como el notario que da fe, como el juez que ordena el levantamiento del cadáver, como el periodista que intentaba ser entonces, siguiendo el modelo de Truman Capote: *A sangre fría*.

En aquellos años viví muy pegado al mar: en Pontevedra, Combarro, Cangas, Bueu y Vigo. Luego en Burela y Trintxerpe, puertos donde escribí el relato. En la primavera de 1988 embarqué en el pesquero *As de Marín* e hice la marea del Gran Sol; años después participé como cronista oficial en la primera expedición española a la Antártida y, durante cuatro meses conviví intensamente con las tripulaciones del *Pescapuerta IV* y del *Nuevo Alcocero*, dos congeladores de gran altura con base en el puerto de Vigo.

Leí a los clásicos, claro: a Stevenson y Jack London, a Melville y Hemingway, a Ignacio Aldecoa y a Cunqueiro, al capitán Cook y a Julio Verne: yo también soñaba con ser un capitán de quince años. Pero, como diría Loquillo, a bordo comprendí que la vida iba en serio.

He rescatado mi carpeta del Gran Sol y he repasado las notas de 1988, desde la perspectiva emocional que estas Xornadas proponen; sin vuestro estímulo nunca hubiera repensado en clave de ausencia, de verdadero naufragio emocional, las vidas de aquellos marineros, y de sus familias, con quienes conviví, que fueron durante meses mi única familia y que siguen siendo mi hogar en Cangas. Un hogar también marcado por la ausencia, siempre desestructurado.

Para repensar a los ausentes, he seleccionado textos de la novela en clave emocional: no haré ninguna apostilla psicológica o clínica, que dejo a los profesionales aquí presentes; me limito, como periodista, a levantar acta. He agrupado los fragmentos seleccionados en tres tipos de ausencia: la de los hombres ausentes en el mar durante meses, semanas, vidas enteras; la de sus mujeres -madres, esposas, viudas, hijas- en tierra; y la ausencia compartida por unos y otras cuando se produce el reencuentro. Esta tercera, la distancia

o la incomunicación compartida, me parece la más terrible de las tres.

1. Hombres: la ausencia en la mar

¡PATATAS!

Los hombres de acero del *Riosil* eran patatas. Patatas recocidas. Cada vez que el barco se acercaba a puerto, se sentían invadidos por una marea de puré untuoso y amarillento que les atornillaba el paladar. Ni siquiera había un gesto de cansancio o resignación en los rostros de aquel puré humano. Era algo aún peor: bultos fofos e inútiles que vagabundeaban por cubierta, agarrados desesperadamente a la última colilla de la marea.

La pava humeaba en los labios reseco por la salitre, mientras el cocinero arrojaba a las gaviotas y a los mascatos las sobras de la caldeirada. Carne de naufragio, aperitivo de un tiburón codicioso, ellos, los condenados a galeras, eran las patatas de aquel guiso de sesos derretidos: una mancha grasienta en la superficie tranquila de las aguas, mierda para alimentar este mar de mierda, ¡acabemos pronto!, ¡ojalá fuese esta la última marea! ¡Ojalá fuese la última! Parecían estatuas de patata, muñecos de nieve embutidos en los oscuros plásticos de la ropa de aguas, tubérculos tuberculosos, podridos por dentro, lastrados por los sacos del quiñón: trece montones de pescado esparcidos por la cubierta.

REGRESO

Saber de sobra el camino no añadía una pizca de entusiasmo a la inevitable resignación con que el puré se vierte y se expande: un vómito desleído e inerte. En cuanto el barco giró sobre sus talones, riéndose de la tormenta que comenzaba a estallar en el Jones Bank, los hombres iniciaron su lenta cuenta atrás, garreando con los huesos contra la humedad del catre.

JESÚS

Jesús espabiló a saltar del carrito e irse a la ducha. Prefería ser el primero porque luego se acababa el agua caliente y, además, los otros dejaban el wáter hecho una guarrada. A Jesús le gustaba llegar limpio a su casa de Cangas, el chalecito en Airiños do Monte que se había construido con los ahorros de muchas mareas. Era una casa blanca con sombrero de tejas curvas donde le guardaba ausencias Maricarmen, y le esperaban dos niñas calladitas y sonrientes como su padre, Patricia y Susana. Pensó en ellas mientras se duchaba, haciendo acrobacias bajo el chorro de agua, que iba y venía a capricho del balance.

HIGIENE

Otros aprovechaban la lentitud de las horas para lavarse. Al regreso de la marea, ducharse era más una costumbre que algo práctico. Durante la ruta, aún tendrían que baldear la cubierta, atar redes, estibar y adujar cabos y aparejos, sacar el quiñón y limpiar los camarotes. Así pues, era mejor no ducharse, sino seguir oliendo a marea, a sudor salino, a salitre humana, a puré de pescado, a salazón de patata.

Los sobacos se morían de risa bajo la ducha bailarina, incapaz de arrastrar el jabón. Inútil ceremonia del aseo. Las mujeres tampoco les esperaban tan ansiosas, sino ellos, más bien, tenían prisa por llegar; y en cualquier caso, pensó El Moro, “Yo, como no me lave bien en casa, conmigo Chicha no folla”.

TACTO

En el rancho las risas iban en aumento. O Vello y Chiño habían ganado ya tres botellas de coñá a Rubén y Joaquín, que seguían discutiendo cada baza, como si les fuera la vida en ello.

-¡Arrastro!

-Pero serás mamón!, ¿para qué echas ahora ese espantajo? ¿No ves que ellos tienen triunfos y te lo van a llevar?

-Tú, juega lo tuyo.

El coñá corría abundante, a morro por las botellas de cuello desnudo: el tapón irrellenable había saltado por los aires y, así, con los labios abiertos, ofrecidos, cada trago de alcohol era un beso de cristal, una succión de ausencias.

En la inmensidad de los pechos de la mujer desnuda clavada al mamparo con cuatro chinchetas oxidadas, se perdían rojos y ardientes los ojos de Cheri, el ayudante de nevera, que en los ratos libres, entre lance y lance, practicaba en cubierta, aprendiendo a hacer trenzas de acero.

-Cuando vaya a Sudáfrica voy a ser un mariñeirasso -pensaba El Cheri, dejando caer la quijada en el vacío de una risa pámpana a la que se asomaban con orgullo, de oreja a oreja, los dentones sarrosos y amarillentos.

JUEGOS A BORDO

Bajo el inocente disfraz de marineros, alimentados con caldo de patatas, a cara descubierta, todos son Benito Soto: la misma piel, la misma carne de horca, la misma libertad en la mar.

Camino de este Gran Sol, el *Riosil* navega sin problemas, inconscientemente, apegado el rumbo a la rutina de la travesía archisabida. Dos días y dos noches de mullir la espuma húmeda del catre y templar los nervios de acero.

Una vez más, los hombres se sentaron en las bancadas corridas del rancho a jugar a las cartas para matar el aburrimiento de la ruta y a contemplar la tóxica variedad de cúmulos y cirrocúmulos que iban creciendo como una borrasca. A medida que las volutas de humo se fueron espesando, se nublaban también los ojos de los marineros, y hasta la sabrina de orondas tetas, colgada desnuda en la pared, tosió dos veces y sintió los ojos enrojecidos y llorosos.

Paco el Sopas prefirió buscar en cubierta la soledad de sus nostalgias.

EL CAMAROTE

Observó el camarote que compartía con Colón, el Sopas, Cheri y Benito Churrúa: bajo el desorden de las ropas yacían los colchones desvencijados, panzas arriba, sobre los catres de madera, conejas encajonadas donde apenas cabían estrechos sueños; o quién sabe, acaso crecían allí, bajo las

sábanas sucias, los sueños más hermosos.

En caso de naufragio, pensó, el catre es el ataúd perfecto para un marinero. Sería el naufragio más dulce: dormirse, acunado por la mar, con sonrisa ida, poner rumbo a una playa hermosa, con sirenas de carne y hueso y, en fin, no despertar...

HOMBRES SOLOS

-¿Nunca vienen mujeres al mar?-preguntó a Paco.

Hombres y sólo hombres. Ricardo sintió un escalofrío, quizás por efecto del mareo. Eran una raza aparte que no conocía el sexo. Hienas de mar. Nacidos de la estirpe de Lobo Larsen: “mitad bestias y mitad hombres, incubados al sol como los huevos de las tortugas, pasaban su vida alimentando sevicias y brutalidad, para morir en el mismo abandono en que habían vivido.”

No había bajo las estrellas sirena, Maruxaina o Lamia capaz de aplacar aquel nido de pasiones: llevaban sal en las venas, sangre de tiburón caliente...

JUEGOS EN EL COMEDOR

En la mesa bailaban los vasos, marcados en la base o en la embocadura con unas vueltas de cinta adhesiva, cada cual de su color. Algunos cogían las botellas directamente de las balanceras y bebían a morro.

Quién quería sopa, quién no, quién tomaba antes el pescado, o sólo patatas cocidas; alguno juntaba todo, sopa, carne, pescado y patatas en un mismo plato, y se regodeaba en ello.

Los hombres hambrientos comieron sin escrúpulos ni protocolos, sin pudor ni recato. Con las manos, naturalmente. El pescado se come con las manos. Quien no coma el pescado con los dedos, nunca sabrá comer pescado.

A su gusto, el único gusto que se podían dar a bordo, los hombres comieron abundantemente y bebieron a morro por las botellas, el vino *país*, traído de casa, ligeramente ácido, madurado en las laderas de Sela, que mejor convenía a los rapantes y acedías fritas; y el tinto de Barrantes que traía O Chiño, regalo de su suegro, para enjuagar las caldeiradas de rape y congrio.

En el rancho, los hombres conversaban satisfechos a pesar del cansancio, animados por generosos calderos de café con aguardiente blanca, demasiado transparentes para teñirlos con aquel aguachirle de achicoria.

Por encima de los cafés, corrieron abundantes los biberones de güisqui, coñá o hierbas, gélidos chupetes de cristal, ausencia de besos y besos de ausencia.

A empujones en los bancos corridos, jugaron a quererse, a empujones, si, a tropicazos, buscando sin quererlo la caricia, necesitados de abrazos imposibles.

-¿A que te echo del asiento?

-¡A que no!

Y venga a darse empellones; o, a la subasta, al repartir las cartas:

-¡Corta!

-Yo no. Pequeño, ¡corta tú!

Sobre la mano tímida de Ricardo, que iba a cortar la baraja confiadamente, cayó una lluvia de puñetazos.

-En la subasta no se corta, paspán.

Hombretones de acero, blandos como patatas tiernas, abrazándose y desabrazándose los gruesos y sucios jerseis de lana, encontrando sin querer la suavidad de las barbas crecidas en la marea.

Se buscaban y no se buscaban, entre risotadas y empellones; lástima de mujeres a bordo, un ejército a bordo, las huríes de Neptuno, sirenas de plata bailando la danza del vientre sobre la mesa del comedor; náufragos, ahora sí, en la tormenta del deseo.

2. Mujeres: las ausentes en tierra

LA VUELTA AL HOGAR

El *Riosil* mantuvo la proa firme, como una brújula imantada por la llamada de la tierra. Una cohorte de penélopes con rulos y batas guateadas manejaba los hilos invisibles de aquel retorno, si no fuera que un cansancio de muerte se había adueñado de los párpados de esta legión de ulises. Ulises de patata.

REGRESO

Los hombres callaron. Era la madrugada del lunes. Nunca les cuadraba pasar un fin de semana en casa. Los hombres fueron saltando a tierra sin demasiado entusiasmo. Como de costumbre, nadie había acudido a esperarlos. Como de costumbre, fuera cual fuera la hora de la arribada, solamente Concha, la mujer de Colón, había venido desde Cangas y aguardaba sonriente en el muelle, con las mejillas rojas y ardientes por el frío.

Algunos marineros tenían el coche aparcado cerca, frente a los puticlubs que animaban las noches del puerto. Rubén y Chiqui compartieron un taxi a Beluso e Hío, el único lugar del mundo donde las piedras de Pepe da Pena trepan por las cruces. Hacía muchos años que habían perdido, en las tabernas del puerto, la prisa por llegar a casa. Así pues, cargaron los sacos plásticos del matute en el maletero y se fueron con el taxista a tomar algo caliente. Fardos de patata fueron llegando a sus casas una vez más. Purés de patata amarga.

CHURRÚA (los celos)

Benito Churrúa permaneció en el bar. Con el bigote empapado en coñá y los ojos llorosos por el exceso de humo, imaginó las piernas de Bibi, su mujer, las piernas ¡ay! que él tanto deseaba.

-Si un día llego a casa, y me entero que anda con otro, ¡quemo la casa con ella y los hijos dentro!

Pero era difícil plantar fuego en aquella hoguera que le consumía, pues, al regreso de cada marea, Bibi estaba sobre aviso. Y además, Benito Churrúa esperaba en la taberna hasta una hora prudente, espesando sus dudas en el fondo del coñá. Las piernas de Bibi le gustaban a toda la cofradía y, más que a nadie, más incluso que a Churrúa, le gustaban al Tantarantán.

CHIÑO

Chiño compartió con Benito la primera copa, y se fue pronto, con ganas de llegar al Grove, donde su suegro, el Meco, estaría comenzando a sacar el pan del horno. Sintió que tenía prisas por llegar pronto a casa y despertar a Marga a besos.

-Hoy, que reparta el pan su padre -pero no podía apartar de sí la imagen de Benito Churrúa, con aliento de coñá y con los ojos perdidos. Por un momento, antes de irse, sintió que el mundo se reducía a una sensación agria en el cielo del paladar.

PENÉLOPE

Penélope nunca se había detenido a contemplar los mapas y cartas de navegación que colgaban por las paredes. Prefería acodarse en una esquina de la barra, junto al teléfono, y leer un poema escrito en una hoja de papel raído, que alguien había prendido allí con una chincheta. Un día había pasado por la taberna un poeta delgado como papel de fumar y le había escrito un poema al gato. Los poetas siempre fueron gente rara.

Penélope sabía que antes o después, pero siempre tras un largo viaje, sus ulises regresarían a su regazo y ella aguardaba aventurando las ganancias de la noche anterior en las máquinas tragaperras.

Aquella noche había estado en el chigre un rico consignatario del puerto, Torío, y el dueño de los frigoríficos, Agustín Campillo. Gente importante, que pagaba bien, pero daban asco. Pidieron unos whiskis...

(...) Tenía ganas de que volviera el Cheri. Habían anunciado la llegada del *Riosil* de madrugada y ella había decidido esperar en el bar, haciendo sonar la risa metálica de las máquinas.

Cheri era más feo que el culo de una mona, eso sí, pero era un tipo simpático y sencillo. No se daba el pote de estos chupones, tirillas recién llegados al puerto, que manejaban hombres, barcos y millones, como si fueran calderilla.

MADRES CORAJE

Fueron amaneciendo viudas. Penélopes con rulos de peluquería de barrio y batas guateadas, por debajo de la rodilla, guatas rosas y granates con las costuras deshilachadas, acaso un mantelo o una toquilla gastada sobre los hombros y un pañuelo usado asomado en el bolsillo.

La primera noche en casa, follar y dormir. La segunda, dormir. La tercera de nuevo solas, tejiendo y destejiendo gorritos de lana para sus ulises.

Lo habían hecho sus madres y las madres de sus madres.

Habían aprendido desde niñas a hilar y coser en las patilladas, en las noches de invierno en los cobertizos del Forte; a endulzar y atar redes a jornal, sentadas a la intemperie del espolón, con las piernas estiradas y la humedad calando hasta la matriz:

-Rapaza, haz esa malla más chousa. ¿No ves que va muy ancha? ¿Qué quieres, que pesquen piedras? Hay que hacer la malla *chousiña* del todo, que no se escape ni el agua.

La señora Carmen, viuda de marinero, había hecho muchas redes de hilo de algodón o cáñamo, de aquellas que había que encascar en grandes

calderas de cobre donde hervían agua con cáscaras de pino, para que curaran y cogieran el tinte del tanino, una, dos, tres, cuatro y cinco tintadas; y luego, ponerlas a marear en la playa de Rodeira; y otra tintada y otro mareo y, por fin, tenderlas a secar en las horcas antes de armar las trallas.

Madres y mujeres sufridas, habían curtido las yemas de los dedos limpiando el pescado, destripando vísceras de panchos, chinchos, escachos y maragotas.

Tenían encorvada la columna vertical, deshecha de llevar a la cabeza dos, cuatro o seis bandejas de madera trenzada, rematadas en un arco de palo, cargadas de pescado, ¡cuántas veces!, muy de madrugada, en la lancha, de Moaña y Cangas a vender en la lonja de Vigo.

Estaban cansadas de lañar sardinas, quizás con la comadre, una de cara hacia la otra, sobre el suelo de tierra, no había otro, o sobre un cajón de madera, cubierto por los anchos faldones negros. Y, a veces, llevar los bueyes a la playa, a cargar un carro de algas o patexos, o a tirar de un aparejo.

Cansados y aún hermosos los ojos de ganchillar los capirotes de gruesa lana y los calcetines jaspeados, para el frío del Gran Sol y los hielos de Terranova.

Se les habían secado los pechos esperando, marea tras marea, y de vez en cuando, como un culatazo en las entrañas, un naufragio. Se acabó para siempre la espera. Un luto sobre otro luto. *Madres Coraje*. Ya no servían ni para mear en los aparejos nuevos.

3. La ausencia compartida en el reencuentro

OJERAS

La vuelta a casa producía en los marineros un cansancio de muerte. Arrastraban el saco del matute por el muelle como condenados tirando del fardo de sí mismos, en busca de su cohorte de penélopes en camisón y rulos que amanecían con legañas y ojeras de veinte días. Ojeras en el alma.

Seguramente, Paco El Sopas fue el primero en llegar a casa. Abrió con su llave y se sentó en la cocina, arrojando el quiñón contra una alacena.

Al oírlo, se levantó la madre, viuda de marinero. Se saludaron sin palabras, sabedores de la rutina de la ausencia. La madre puso al fuego café y leche y comenzó a sacar el pescado, repartiéndolo en fuentes grandes.

-Ya no vienen sapos como los de antes. Estos sapitos no tienen más que piel. ¿Qué voy a hacer con ellos?

-Tírelos -respondió Paco desganado, sin mover los codos del mantel de hule-, y póngame ya la leche, que me quiero acostar.

La madre sirvió la leche hervida en un tazón de loza blanca y la coloreó, sin rechistar. Paco se bebió la leche con café de un sorbo y se fue a dormir sin más, mientras ella quedó, con la viudez del mandil negro atada sobre el camisón, lavando y clasificando aquel pescado que le ardía entre los dedos.

O VELLO

Xosé O Vello no pasó por la aldea. Se fue directamente a la Casa del

Mar, a consultar la parálisis puñetera que le ponía en los pulsos nervios de patata cocida.

-De paso, Xosé, lleve el botiquín, que nos toca hacer una revisión - aprovechó El Tantarantán.

O Vello cargó, aplanado e indiferente, los siete cajones del botiquín en los asientos del coche. Los cajones más bien desordenados y sucios, presentaban un aspecto poco sanitario.

-Como tengamos que hacer una cura por radio, vamos de culo - pensó, pero le consoló la idea de los años duros en Trintxerpe. Entonces no había botiquín a bordo, ni nada.

Solo orujo.

-Buenos días, don Fernando- saludó el veterano patrón, después de dos horas de cola.

-Buenos días, Xosé, ¿qué le trae de nuevo por aquí?

-Me manda el armador para revisar el botiquín y, además, quería que me mirase usted. Esta pierna casi no puedo moverla. Ya voy viejo. Soy un cacharro roto.

El examen fue detallado. Los huesos no respondían a ningún tratamiento. Los músculos estaban secos y resecos. Aquella patata fofa sufría un parális irreversible, pero don Fernando prefirió suavizar el diagnóstico y le mandó abrir la boca.

-Tiene la dentadura destrozada. Ya le dije la vez anterior que tenía que ir la dentista. Y además, sigue sin lavarse los dientes, ¿no?

Pues va a tener que quedar en casa esta marea. Así no puedo firmarle la libreta.

Xosé O Vello supo entonces con certeza que aquella había sido su última marea. Guardó en el bolsillo la lista de medicamentos para completar el botiquín y las recetas para engrasar el óxido de los engranajes, dio las gracias sentidamente a don Fernando y se fue arrastrando sus piernas de puré.

CHIÑO

Cuando Chiño estaba llegando a casa de su suegro, las nubes engarabitadas en las copas de los eucaliptos comenzaron a descargar un chaparrón a calderos, uno de esos arranques de furia y celos que transforman el cielo en una inmensa catarata.

Chiño, alto, rubio, ojos azules, como un celta recién salido del olimpo de los druidas, colgó la bolsa en el tornarratos del hórreo, se plantó ante el portal de la tahona, aspiró el olor a pan recién cocido y, a pecho descubierto, clamó hacia el cielo encapotado.

-¡Relampampexa, dios de la lluvia!

No podía ser otro más que él. Margarita, aún en camisón, se asomó a la ventana, medio dormida. El Chiño clamó de nuevo impasible bajo la lluvia, estoico, hermoso como un loco.

Entró en casa. No. Entró directamente en el dormitorio y cogió a Marga en brazos.

-¡Quieto, mono -pero sin hacer resistencia-, estáte quieto, que me mojas!

-¡Te voy a echar un polvo como el que echamos la primera vez en las

silveiras!

Al regresar del barco, siempre era así el asunto. Ella jamás se hubiera casado con un marinero, a buena parte, toda la vida comiéndose las ganas, nunca lo hubiera pensado, si no hubiera sido El Chiño, claro, su joya del alma. Marga le llamaba cariñosamente Alhajita, pero Chiño prefería el mote de sus amigos.

-¡Te voy a comer, Caperucita!

En el barco, su tropa le llamaba “El Siete Polvos”, porque el contramaestre del *Riosil* presumía de que todas las mareas, al volver a casa, le echaba a su mujer siete.

-Quiera o no quiera, ¡siete!

LA BIBI (el adulterio)

A Bibi también le parecía una jodienda tener un marido pescador. Toda la vida guardando ausencias, viuda de aquel Lázaro marinero que resucitaba, a veces, de marea en marea.

Ella no iba a ser como las otras, siempre murmurando, ¡que se metan los rulos por el culo!; ella tenía las piernas más hermosas de Foz, y los pechos más altos. Ella no se iba a pudrir las nalgas atando redes en el espolón, esperando la vuelta de aquel odre de coñá.

Bibi sabía bandearse a las mil maravillas. Cuando el accidente en las Malvinas, cuando a Benito lo habían echado del *Cristo de la Victoria*, se había quedado al paio. El armador les había dicho que mientras no dejara de beber, no volvería a embarcar. Ella tuvo que ponerse a fregar pisos para comer. Por las tardes, limpiaba algunos tambuchos del puerto, pasaba un agua a las cajas y camiones de los Coyotes, y barría y fregaba el almacén del Tantarantán.

Don Manuel era generoso. Y Benito a callar. Que si no fuera por don Manuel, jamás hubiera vuelto a embarcar. ¿Quién iba a meter un borrachín a bordo? Y las comadres, si dicen que digan, puta envidia, era su vida, ella no iba a ser una penélope agria, como ellas, con telarañas en el coño, viendo cómo se les secaban los pechos, una marea tras otra. Bibi no tenía la culpa de que su hijo, Benitiño, no se pareciera mucho a los Churrúa. A veces pasan esas cosas y, a fin de cuentas, qué carallo, ella tenía las piernas más hermosas y él sabía agradecerse.

BIBI Y BENITO

Bibi calló y puso la cena. Fanecas fritas con patatas cocidas y ensalada. Siempre patatas. Como si no hubiera otra cosas que comer en el mundo. Se consoló pensando que aún no existía el coñá de patata.

Cenaron en intenso silencio. Luego, Benito fingió que veía la televisión un rato, mientras ella hacía que medio planchaba alguna ropa.

En su oficina, atestada de redes, aparejos, botes de pintura, libros de cuentas, viejos calendarios y fotos de sus barcos, O Tantarantán no podía cesar de pensar en las piernas de Bibi. Repasó las cuentas de la marea. La gente del *Riosil* trabajaba bien. Juan Bastón era un patrón de confianza, pero seguía negándose a decirle los caladeros donde largaba aparejos.

SUSANA (hija de Xosé)

Adulta a destiempo, Susana veía ahora claramente que su padre era un extraño en la familia. Por decirlo con paños calientes, el barco era su único hogar. En tierra, O Vello navegaba a la deriva por entre las chabolas del puerto; en casa, naufragaba por los pasillos, chocando contra las amuras de papel pintado, sin saber dónde recalar.

De pequeña, cuando regresaba el viejo del mar, Susana le huía y corría a esconderse entre las faldas de la madre. Faldas de luto prematuro, crespón que cubría el altar ha tiempo clausurado.

A los ojos de la niña, aquel tiarrón barbado que la arrancaba del regazo materno era un intruso, un enemigo, y ella se metía bajo la cama, llorando. Cuando el padre volvía al mar, la casa recuperaba su ritmo. Se acababan las fiestas y el ir a comer fuera.

(...) Susana, desde el fondo de sus ojos grandes, asintió, sin querer confirmar exactamente aquello, sin ánimos para dar ánimos.

Salió a la bodega, a buscar una botella de vino, y oyó al gallo kikirikar, como un presagio pésimo. Si no fuera por la vieja, a ella no le importaría dejar la aldea y regresar a Trintxerpe. Allí tenía sus mejores amigos....

CRISTOBO

Cristobo andaba por casa como un zombi. No tenía calma posible. Iba y volvía por el pasillo sin parar, compulsivo, nervioso. En el interior de la cocina, su suegra le reconvenía.

-Para quieto, Cristobo, ¡vas a tolear!

-Déjeme en paz, mujer.

Cristobo, llamado O Prominencias en el *Riosil* por las redondeces de sus tetillas, estaba más a gusto en el barco que en tierra. Para él, la casa era una cárcel y el barco, una liberación. Era un hombre realmente extraño, tan bajo, un metro cincuenta, que parecía hecho a medida de las escalerillas y de los camarotes. Viendo su cara de satisfacción al embarcar, se diría que tuvo por cuna una dorna.

(...) En el *Riosil* era feliz de otra manera. Se encerraba entre sus máquinas y nada era tan importante para él como tener brillantes los remaches de bronce del telégrafo y los tubos que subían y bajaban por los mamparos. Relucientes como patenas. Allí incluso se podía comer.

A decir verdad, Cristobo comía la mitad de la marea en la sala de máquinas. La otra mitad subía al rancho, pero nunca comía con los marineros de cubierta. Antes o después, siempre a solas. No lo hacía por ningún motivo especial. Rarezas suyas. Él nunca se enfadaba, salvo consigo mismo y con su suegra.

Por eso, a bordo era feliz a su manera, como un niño impedido que ríe viendo correr a los demás niños. Así reía Cristobo, jugando con su imán, paseando por el estrecho pasillo del entrepuente, del rancho al camarote, y del camarote a la cocina, una... diez... cien... ¡mil veces al día!

En el barco, a nadie le parecía mal que Cristobo pasara todo el tiempo, ni que comiera en la sala de máquinas. Únicamente el Chis Chas se metía con él, pero de bromas.

-Va a enloquecer, jefe.

-Tú si que vas a enloquecer ahí, entre las cazuelas, pelando patatas.
En cambio, en tierra, la vieja no hacía más que chincar y rillar, como una garrapata pegajosa.

-¡Vas a enloquecer, Cristobo, para quieto!

-¡Déjeme en paz, mujer!

(...) En realidad, Cristobo iba al mar por dos razones, para dejarle un capital apañado a la niña y para no tener que soportar a la suegra.

MUERTE EN NAUFRAGIO

El pesquero atracó de proa, sin un solo grito en la maniobra. A bordo los marineros, y en tierra algún voluntario, daban y tomaban cabos sin hablar. Una vez amarrado el barco, tendieron la escalera y regresaron a sus puestos.

Desde el muelle podía contemplarse el escotillón de la nevera, practicado sobre la cubierta, y al pie de la trampilla, el capitán francés y el patrón del *Riosil*. El resto de los náufragos, ausentes de la escena, volvían sus ojos al horizonte, perdidos en quién sabe qué soledades.

Nadie descendió por la escala. Nadie se movió. Hubo entonces una espera inútil, un alargamiento cruel, aguardando la llegada del juez y del forense. Apenas se oyó el sollozo contenido, sin una lágrima, de la novia enlutada a quien nadie podía robar su pena. Colón golpeó con el puño contra la tapa de la regala. “¡Acaben de una puta vez, déjenlo en paz!”

Al final, el juez ordenó el levantamiento del cadáver y los funerarios subieron a bordo cargando un ataúd vacío. Con dificultades, descendieron la caja por el escotillón de la nevera.

-Los barcos -pensó el Chis Chas- , no llevan ataúdes a bordo. Deberían llevarlos para que ningún marinero muera sin caja; mejor sería que andar cargando con esas balsas que dicen de salvamento.

Poco después, Lázaro mariñeiro, Benito Churrúa abandonó aquella fosa de nieve, a hombros de sus compañeros y aprendió el regreso a ninguna parte. En un poste de madera quedó clavada con una chincheta la esquila mortuoria.

DE NUEVO EN CASA

Cuando iban llegando a sus casas, los hombres de acero del *Riosil* eran verdaderamente puré de patatas. Eran las sobras de una caldeirada de sesos derretidos, arrojadas por la mar a los mascatos y a las pardelas, bultos fofos e inútiles. Estaban invadidos por una marea de patata untuosa y amarillenta, que les atornillaba el cielo del paladar. Montes de mierda. Ni siquiera pasaron por la chabola del armador a recoger la cuenta. Dinero apeestado, maldito.

Quizás algún tiempo después, los ulises del *Riosil* regresarían al Gran Sol o a los caladeros de Terranova, a vivir y morir en los mares... pues, ¿qué otra cosa podrían hacer?

4. Vocabulario emocional

He ido subrayando en estos fragmentos las palabras o expresiones que me sugieren algún contenido emocional relacionado con la ausencia, la

separación y los efectos que produce: soledad, incomunicación, silencio, inadaptación, depresión. Hay también categorías positivas, relacionadas siempre con la sexualidad y la ternura, con esa parte mamífera que instintivamente conservamos. La lectura de este glosario un poco al azar dibuja el mapa emocional de la ausencia en el rural marineru gallego y creo que universal:

SOLEDAD

Sin demasiado entusiasmo
Nadie había acudido a esperarlos
Soledad
Siempre a solas
Salvo consigo mismo

INADAPTACIÓN

Vacío
Risa pámpana
Zombi
No tenía calma posible
Compulsivo
Nervioso
Vas a tolear
La casa era una cárcel y el barco una liberación
Era feliz de otra manera
Se encerraba
Nunca comía con los marineros
Rarezas
Como un niño impedido
Vas a enloquecer
La vieja no hacía más que chillar
Espera inútil
Soledades
Lázaro mariñeiro
Untuosa
Amarillenta
maldito

DEPRESIÓN

Gestos de cansancio o resignación
Estatuas
Muñecos
Patatas
Cansancio de muerte
Cansancio de muerte
Condenados
Nervios de patata
Aplanado
Indiferente

Paralís (parálisis)
Arrastrando sus piernas
Sin ánimos para dar ánimos
Angustiado
Nervioso

SILENCIO - INCOMUNICACIÓN

Hilos invisibles
Los hombres callaron
Se saludaron sin palabras
Rutina de la ausencia
Sin rechistar
Cenaron en intenso silencio
Fingió
Hacía que medio planchaba
Hielo
Cortante
Sollozo contenido
Sin una lágrima
Sin hablar
Náufragos
Ausentes
Aburrimiento

FAMILIA ROTA

Adulta a destiempo
Luto prematuro
Altar clausurado
Niña (=por joven)
Se metía bajo la cama llorando
Viudas
De nuevo solas
Sufridas
Cansadas
Cansados y aún hermosos los ojos
Esperando
Se acabó para siempre la espera (con la muerte)

EMOCIONES POSITIVAS AL REGRESO

Le gustaba llegar limpio
Le esperaban
Pensó en ellas
Ducharse
Risas
Simpático
Sencillo

SEXUALIDAD (adulterio, celos)

Dudas (celos)

Besos

Se asomó

Hermoso como un loco

Cogió a Marga en brazos

Viudez

Guardando ausencias

Siempre murmurando

Putas envidia

Eran una raza aparte que no conocía el sexo

MAMÍFEROS

Bailaban

A empujones

Jugaron a quererse

A tropicazos

Buscando sin quererlo la caricia

Necesitados de abrazos imposibles

Empellones

Lluvia de puñetazos

Hombretones de acero

Encontrando la suavidad en las barbas

Tormenta del deseo

Camarote que compartían

Conejeras encajonadas

Estrechos sueños

El castre es el ataúd

Perdidos

Hasta aquí el muestreo, si así se puede decir, un poco al azar, que nos habla de vidas marcadas por el trabajo intensivo en la mar y por la ausencia; vidas rotas, vividas a trozos o a tropicazos, familias fragmentadas en añicos, como las conversaciones por radio desde el barco: frases entrecortadas, cargadas de emoción, seguidas de interminables silencios.

Sin duda, las psicólogas y psicólogos clínicos de Galicia tenéis sobre vuestros hombros una pesada carga para aliviar el sufrimiento de los hombres y mujeres del mar, víctimas de un modelo de trabajo cruel, semiesclavista, que interpela a los periodistas, a los psicólogos y a toda la sociedad.

Muchas gracias.

Valentín Carrera